

Llamas de memoria y rebeldía

Allí donde la tierra se quiebra y el viento llora,
en las venas del sol, donde la montaña toma su voz,
vivieron los hijos de la luz y la sombra,
que tejieron su ser con hilos de tiempo.
Su memoria, no amarrada a la carne,
es río que se escapa de las piedras,
aliento que no halla fin.

José Gabriel, de alma indomable,
alzó su corazón en la puna,
y su mirada era el cielo
cuando la tormenta se prepara.
En su pecho, la justicia no temblaba,
y su paso, firme como el roble,
cavó surcos en la piel del mundo.
Amó la tierra con sangre,
como quien ama el sol cuando el día se extingue,
y en su voz, el eco de la raza se alzaba,
indomable, eterno.

Micaela, reina de la fragua y la espera,
guardiana del tiempo que arde en los sueños,
tejedora de esperanzas
como quien da forma al viento.
En su pecho, un fuego que no se apaga,
y en sus manos, la fragua que da vida y guerra.
No hubo sombra que doblgara su espíritu,
ni hierro que traspasara la fuerza de su ser.
Fueron sus ojos, dos estrellas
que miraron más allá de la muerte,
y su alma, viento que no conoce límite.

Y en sus hijos, la llama que se desborda,
Hipólito, Mariano y Fernando,
bajo las alas de un cóndor sin temor,
semillas de rebeldía en el suelo de la historia.
Crecieron con la luna en su corazón,
y el sol, en sus ojos cansados.
No había miedo en sus pechos,
solo el pulso firme de quienes nacen
para desafiar al olvido.

Y cada paso que dieron,
fue una canción que los valles susurran,
un eco que no se apaga en la distancia.
Porque el amor entre ellos no fue fragor,
fue silencio que retumbó en las montañas,
y cada lágrima que vertieron
fue lluvia que alimentó la tierra que los vio nacer.

No hubo horca que cortara su raíz,
ni cárcel que encerrara su alma.
Vivieron con la herida abierta,
porque sabían que en la sangre
se forja el recuerdo de lo que no muere.

Y así, se alzó su sombra,
como árbol que resiste al rayo
y se endurece con la lluvia.

Hoy, sus nombres son viento,
nombres que se disuelven en la niebla
pero que laten en el pecho de quien busca,
en la garganta de quien no olvida.

Túpac Amaru, Micaela,
y los hijos que no se fueron,
que nunca se fueron,

siguen caminando
en cada paso que da la libertad.

En la memoria de la sierra
donde el cóndor aún surca el cielo,
su nombre es la promesa
de que nunca se apaga la luz
de aquellos que amaron la libertad
más que a la vida misma.